

BIBLIOTECA DIGITAL – PROYECTO ARELPH

LAS ARTES DEL ELOGIO:

POESÍA, RETÓRICA E HISTORIA EN LOS PANEGÍRICOS HISPANOS



PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA
Panegírico al almirante de Castilla

Edición de Ignacio Díez Fernández

PANEGIRICOS.COM

2018

ÍNDICE

3

INTRODUCCIÓN: UN ALMIRANTE EN TERCETOS

19

PANEGÍRICO AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR ALMIRANTE DE CASTILLA

INTRODUCCIÓN: UN ALMIRANTE EN TERCETOS

1. Algo de pompa y mucha circunstancia

El tiempo (gran destructor, si se rehace el título de Marguerite Yourcenar) parece haber respondido la pregunta con la que Edward M. Wilson abría su artículo sobre el *Panegírico* de Calderón hace casi medio siglo: “¿Cuántos lectores modernos leen con interés otros panegíricos escritos por Pedro de Espinosa, Góngora, Lope o Bocángel?”¹. No se trata ahora de preocuparse por la suerte de obras muy contextuales, que elogian a un personaje cuya memoria a menudo solo conserva la parte más académica de la república de las letras, pues eso implica una clasificación tácita de la poesía de los Siglos de Oro, en legible y desechable; ahora toda la poesía —no importa de qué época— no despierta mucho interés. Esa moderna desafección borra la distancia entre los poemas (supuestamente) inmortales o más aprehensibles (supuestamente) de manera inmediata porque formulan una experiencia (supuestamente) general y aquellos otros que, no menos inmortales en la vieja concepción de la poesía, nacen en sociedades donde la aristocracia sigue gozando de sus privilegios. No sé si es una ventaja, pero es un hecho.

Muy probablemente por otros motivos, lo cierto es que los eruditos han intensificado el interés en los poemas que celebran los hechos de grandes personajes, los menos accesibles a lo que antes se llamaba un público culto, textos que forman parte de un conjunto de poesía menos atendida por la crítica². La aproximación a esta poesía requiere, como es obvio, un trabajo doble:

* La presente obra se inscribe en el marco del Proyecto financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad FFI2015-63554-P “Las Artes del Elogio: Poesía, Retórica e Historia en los Panegíricos hispanos” (ARELPH), dentro del Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia. En la presente edición se sigue el texto de la *editio princeps* y se tiene asimismo en cuenta el testimonio de las ediciones modernas cuidadas por E. M. Wilson, E. Rodríguez Cuadros y L. Iglesias Feijoo-A. Sánchez Jiménez.

¹ “Calderón y Fuenterrabía: el «Panegírico» al Almirante de Castilla”, *Boletín de la Real Academia Española*, 49 (1969), pp. 253-278. Contamos ahora con una reciente edición del encomio barroco, recogido en el volumen: Pedro Calderón de la Barca, *Poesía* (ed. Luis Iglesias Feijoo y Antonio Sánchez Jiménez), Madrid, Cátedra, 2018, pp. 263-273. Una breve noticia sobre el contexto, estilo y cuestiones textuales en torno a este elogio se sitúa en las pp. 71-74 de la introducción.

² Baste citar el espléndido volumen *El Duque de Lerma: poder y literatura en el Siglo de Oro* (dir. Juan Matas Caballero, José María Micó y Jesús Ponce Cárdenas, Madrid), Centro de Estudios Europa Hispánica, 2011.

no solo el análisis del texto sino también el dibujo de esa circunstancia o contexto a los que inextricablemente está unido. En ese grupo se hallan los cantos a las acciones heroicas que los nobles reputados de la Europa Moderna consiguen a veces, normalmente triunfos militares. Esa exaltación particular forma parte de la exaltación general de las monarquías del Renacimiento y del Barroco, de la construcción de entidades nacionales que se roturan frente a otras gracias a invasiones o al rechazo de las mismas³, hechos de armas en sus dos grandes formas. El poeta, como *cultor* de famas individuales con implicaciones colectivas, pretende convertir en *everlasting memories* unos choques militares muy unidos a lugares y fechas gracias al sostenido poder órfico de la palabra y gracias también a la perdurabilidad de las copias que produce la imprenta. Pero curiosamente, dentro del gran marbete de la poesía celebratoria y circunstancial se incluyen tanto poemas dedicados a cantar hechos menores, e incluso minucias, como textos que exaltan enormes y más o menos imperecederos triunfos militares: ambos quedan unidos por su vinculación con una fecha, con un hecho muy localizable en el tiempo y en el espacio. En los dos casos el lector, y por supuesto el erudito, precisa reconstruir un contexto en el que el poema cobre todo su sentido. Así que una segunda transformación que impone el tiempo, más allá del olvido que otra sociedad proyecta sobre su propio pasado sangriento y poético, es transformar la inmortalidad de hechos y palabras en una reconstrucción académica.

No sorprende, por tanto, que el lector actual (si es que una categoría así tiene existencia o, como dice Calderón, “si es que hay lector que discurra”⁴) tenga más dificultades para apreciar este grupo de textos. Los cambios políticos y sociales que las monarquías limitadas o constitucionales o parlamentarias han impuesto en las dos últimas centurias y sobre todo la igualación legal de los derechos a toda la población o la eliminación de los grupos sociales privilegiados han tenido las lógicas consecuencias en el trazado de una nueva estética, más individual o más democrática o ambas a la vez, apagando comúnmente el brillo de los grandes linajes que, por otra parte, han quedado condenados a no realizar “hechos” de digna memoria. Por todos estos factores, la pompa

³ Los seis primeros versos del *Panegírico* de Calderón oponen un doble y complementario deseo en función de que se trate de España o de Francia: “Mil veces sea repetido el día, / Señor Excelentísimo, en que vea / quieta España su heroica Monarquía. // Repetida la luz mil veces sea, / Señor Excelentísimo, en que Francia / los desengaños de su orgullo crea”. Hemos tomado como referencia el texto del opúsculo conservado en la Biblioteca Menéndez Pelayo, así como la edición del mismo cuidada por E. M. Wilson en el citado artículo (“Calderón y Fuenterrabía” pp. 270-276), así como la recientemente incluida en el volumen de *Poesía* (pp. 263-273). El criterio que se va seguir siempre en esta aportación es el de modernizar la grafía.

⁴ “Aquí discurra el lector / (si es que hay lector que discurra”, “Romance de don Pedro Calderón de la Barca a una dama que deseaba saber su estado, persona y vida”, Pedro Calderón de la Barca, *Poesía*, ed. Evangelina Rodríguez Cuadros, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, p. 68.

ha desaparecido para una celebración de unos *facta* cuya realización ha sido cada vez más difícil hasta que se han disuelto del todo o al menos se han borrado de lo que antes se consideraba la memoria colectiva. Otras formas de entretenimiento o de cohesión social o de consumo han barrido no solo este tipo de poesía celebratoria o elogiosa o encomiástica, aunque ella ha resultado particularmente dañada.

Quizá por eso, y sobre todo por la imagen de un Calderón especializado en un teatro muy admirado, la poesía de Pedro Calderón de la Barca arroja aún más sombras sobre un hábito socio-literario hoy casi incomprensible o claramente percibido como de menor interés. Así en la entrada del *Diccionario filológico de la literatura española* solo hay espacio para el teatro, con un elocuente silencio sobre la poesía de Calderón: como no son comparables, parece deducirse, hagamos sitio solo a la grandeza del teatro⁵. Otras soluciones, además del espeso silencio, son posibles: Luis Alberto de Cuenca, cuando con motivo del centenario de quien es considerado sobre todo dramaturgo dio a la estampa una antología poética, corta muy hábilmente ese nudo gordiano tejido con dos hilos de grosores tan distintos y compone un *codex excerptorium* de la producción teatral de Calderón⁶. Pero si el admirable intento se examina con una lupa que detecte con precisión las “poesías sueltas” se verá que su número es limitadísimo, cuatro exactamente, aunque (o porque) según el antólogo primen los “*loci memorabiles* desde el punto de vista poético”⁷. El mismo centenario calderoniano del cambio de centuria impulsó más de un congreso, y en alguno de ellos de nuevo el peso del teatro casi no deja lugar a más⁸: “Calderón fue esencialmente un poeta dramático y un director escénico”⁹. Sin embargo, con mucho acierto, cierra su monografía Evangelina Rodríguez Cuadros con un apartado sobre “La poesía lírica de Calderón”¹⁰ y con un

⁵ Don W. Cruickshank, “Calderón de la Barca, Pedro”, en *Diccionario filológico de la literatura española (siglo XVII)*, dir. Pablo Jauralde, Madrid, Castalia, 2010, I, pp. 172-232.

⁶ Pedro Calderón de la Barca, *Poesía*, antología de Luis Alberto de Cuenca, Madrid, Espasa-Calpe, 2000.

⁷ P. Calderón de la Barca, *Poesía*, antología de L. Alberto de Cuenca, p. xvi.

⁸ Hay tres páginas de Luis Alberto de Cuenca, “Calderón, poeta”, en *Ayer y hoy de Calderón: actas seleccionadas del Congreso Internacional celebrado en Ottawa del 4 al 8 de octubre de 2000*, ed. José María Ruano de la Haza y Jesús Pérez Magallón, Madrid, Castalia, 2002, pp. 11-13. El volumen incluye también dos trabajos sobre el poema “*Psalle et Sile*”. Sobre este complejo texto, vinculado a la catedral de Toledo, cabe remitir al reciente trabajo de Jesús Ponce Cárdenas, “La *Exhortación panegírica al silencio*: lírica y oratoria sacra en Calderón de la Barca”, en Álvaro Cancela (ed.), *Estudios de poesía religiosa*, Madrid, Universidad San Dámaso, 2019.

⁹ Felipe B. Pedraza Jiménez, *Calderón. Vida y obra*, Madrid, Alianza, 2000, p. 9. Edward M. Wilson y Jack Sage, *Poesías líricas en las obras dramáticas de Calderón. Citas y glosas*, Londres, Tamesis, 1964, se centran en la recepción de la poesía en su teatro, “en la obra de un artista tan consciente y tan poco ingenuo como lo era don Pedro Calderón”, p. vii.

¹⁰ *Calderón*, Madrid, Síntesis, 2002, pp. 171-173.

abanico amplio, variado y mucho más útil para mis intereses sí reproduce en su antología el “Panegírico al Excelentísimo Señor Almirante de Castilla”¹¹.

2. *De factis*: historias de la Historia

La circunstancia que celebra este *Panegírico* es la liberación de Fuenterrabía, tras 69 días de asedio por las tropas francesas comandadas por el príncipe de Condé (desde el 1 de julio hasta el 7 de septiembre de 1638). Y se exalta, frente a otra corriente con la que el poema inevitablemente entra en polémica, no al Conde-Duque de Olivares, sino a don Juan Alonso Enríquez de Cabrera y Colonna (1594-1647), V Duque de Medina de Rioseco y IX Almirante de Castilla, enemigo de Olivares¹². Desde luego, Calderón no tiene ningún interés en recordar que Enríquez de Cabrera “era un hombre inquieto y algo violento [...] tuvo problemas por su temperamento y por el juego, por lo que fue encarcelado varias veces”¹³. En todo panegírico hay que saber hablar, y mucho, y hay que saber callar, y mucho, quizá más: “El discurso imperial”, indica Menandro, “es un encomio del emperador [...] y nada admite de ambiguo ni discutible, por ser ilustre la persona en sumo grado”¹⁴. El panegírico impone esa ley sobre los personajes de calidad que elogia.

La enorme importancia del éxito de Fuenterrabía¹⁵ hizo del Almirante “en aquel instante el hombre más popular de España”¹⁶. A pesar del indiscutible éxito “fuera de todo pronóstico” de Enríquez Cabrera¹⁷, el Conde-Duque quiso aprovechar el triunfo en beneficio propio. De hecho,

¹¹ P. Calderón de la Barca, *Poesía*, ed. E. Rodríguez Cuadros, pp. 56-64. Dividida en “poesías sueltas” y en “poesía dramática” aparece muy equilibrada.

¹² Donald L. Shaw, “Olivares y el Almirante de Castilla (1638)”, *Hispania*, 27 (1967), pp. 344 y ss.

¹³ Enrique García Hernán, “Enríquez de Cabrera, Juan Alfonso”, en *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2009-2012, vol. XVII, p. 303. Sobre el carácter del dedicatario, y sobre las pugnas cortesanas, a veces por ocupar un sitio al lado del rey en su carruaje, con una muy jugosa anécdota que recoge Matías de Novoa, véase John H. Elliott, *El Conde Duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, trad. Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 269-270.

¹⁴ Menandro, *Dos tratados de retórica epidíctica*, intr. Fernando Gascó, trad. Manuel García García y Joaquín Gutiérrez Calderón, Madrid, Gredos, 1996, p. 149.

¹⁵ Una lente distinta y otra interpretación, en la visión vasca militante: “La ocupación de Guipúzcoa por los franceses fue prevista estratégicamente por la política española. Los guipuzcoanos fueron abandonados expresamente a su suerte, sin más opción para sus instituciones que organizar la autodefensa para defender su tierra. La verdadera ocupación se produjo tras la salida de las tropas francesas y la llegada (después de los enfrentamientos armados) de las tropas españolas”, Pedro Esarte Muniáin, *Asedio de Fuenterrabía y avasallamiento de Guipúzcoa (1635-1644)*, Pamplona, Pamiela, 2005, p. 295.

¹⁶ D. L. Shaw, “Olivares y el Almirante de Castilla”, p. 351.

¹⁷ “[...] presionado por el Rey y Olivares a que atacara, a pesar de la desertión en masa de gran parte de sus mal entrenadas tropas y de una gran inferioridad numérica, el Almirante consiguió, fuera de todo pronóstico, derrotar y hacer retroceder a los ejércitos franceses”, D. L. Shaw, “Olivares y el Almirante de Castilla”, p. 345.

“probablemente fue celebrar esta victoria el motivo de que Velázquez realizara su gran retrato de Olivares a caballo, con el bastón levantado en imperioso gesto de mando”¹⁸. La guerra posterior a la liberación de Fuenterrabía fue una intensa guerra de propaganda: Olivares utilizó a José de Palafox y Mendoza y a Virgilio Malvezzi para reivindicar lo que deseaba que se consideraran como éxitos propios, con dos obras publicadas en 1639, en Madrid y en Pamplona: *Sitio y socorro de Fuenterrabía* y *La Libra*, respectivamente¹⁹. Por su parte Enríquez Cabrera también movió a varios escritores, como José de Pellicer²⁰, Francisco de Vargas y Alonso Díez de Lugones y Venegas. Incluso se le atribuye un texto a la pluma del propio Almirante²¹ “o a alguien de su círculo”²². Pero no solo de palabras, pues también se vale de los hechos Enríquez Cabrera al entrar “victorioso en Madrid el 26 de noviembre de 1638, provocando entre los cortesanos antiolivaristas mayor unión, y en Olivares una mezcla de temor y de envidia”²³. En 1640 era nombrado Virrey de Sicilia y quedaba apartado de la corte en una maniobra que buscaba asegurar a Olivares en su posición. Elliott recoge un comentario del embajador de Venecia sobre las críticas a Olivares “y que, según se decía, el Almirante de Castilla, que siempre había sido como una espina clavada en el ánimo del Conde-Duque, era nombrado virrey de Sicilia y recibía la orden de partir inmediatamente a tomar posesión de su cargo”²⁴.

Que el Almirante es enemigo de Olivares es claro, pero el poema de Calderón no parece participar de una ofensiva en contra del valido: Calderón elogia a un conocido enemigo de Olivares en el *Panegírico*, pero no critica a Olivares. ¿Es el texto anterior a la polémica por su supuestamente tempranísima fecha?

¹⁸ J.H. Elliott, *El Conde Duque de Olivares*, p. 527. Enumera otros beneficios muy palpables para el Conde-Duque.

¹⁹ Se documentan hasta 29 textos sobre el socorro a Fuenterrabía, seleccionados entre un corpus más amplio, en José de Palafox y Mendoza, *Sitio y socorro de Fuenterrabía*, ed. Jesús María Usunáriz Garayoa, Pamplona, Asociación de Amigos del Monasterio de Fitero, 2003, pp. 36-39.

²⁰ “[...] publicó en Madrid, el 11 de septiembre de 1638, un escrito *Consagrado a la fama inmortal del príncipe don Juan Alfonso Enríquez de Cabrera*”, E. García Hernán, “Enríquez de Cabrera, Juan Alfonso”, p. 303.

²¹ El ms. 8.660/4 BNE “se le atribuye con bastante fundamento”: contiene críticas al libro de Malvezzi y ataca a Olivares “y la tendencia prevalente a conceder a éste personalmente todo el crédito de la campaña”, D. L. Shaw, “Olivares y el Almirante de Castilla”, p. 346. La pieza es “una franca y convincente exposición de los efectos corruptores que el monopolio del poder por parte de Olivares producía tanto sobre la persona del mismo favorito como sobre su administración”, p. 351.

²² María Soledad Arredondo Sirodey, “La corte celebra las victorias de la guerra: Fuenterrabía y Lérida”, en *Literatura, política y fiesta en el Madrid de los Siglos de Oro*, dir. José María Díez Borque, Madrid, Visor, 2009, p. 31

²³ E. García Hernán, “Enríquez de Cabrera, Juan Alfonso”, p. 303.

²⁴ J.H. Elliott, *El Conde Duque de Olivares*, p. 581.

A diferencia del relato de la victoria, o del sitio y el posterior socorro, Calderón solo ensalzaba en su poema al responsable de la misma, en un típico ejercicio de lisonja cortesana, pero mesurado y de buen gusto [...] el *Panegírico* de Calderón sería el más temprano, y acaso el más sincero, de los textos sobre la historia de Fuenterrabía²⁵.

Lo cierto es que hay poca historia en el *Panegírico*, como si Calderón estuviera más interesado en componer una exaltación general, sin muchos detalles (más allá de la herejía del enemigo o del fracaso de la flota española) o como si, yendo un poco más allá, Calderón hubiera compuesto un texto muy general, con un centenar de versos que discuten cuántas coronas con las que los romanos premiaban los triunfos militares le corresponden al Almirante, antes de concluir que todas o casi todas. Ese pasado romano, tan noble y tan de moda en la corte de Felipe IV, encubre el detalle, que no le interesa al poeta o que no lo conoce demasiado bien. Es verdad que en el *Panegírico* se desea la entrada del Almirante en la corte, lo que ocurrió el 26 de noviembre del mismo año de la liberación de Fuenterrabía, y que es fácil deducir que el texto se compuso antes, aunque no hay que descartar en el juego del panegírico que se trate de una suerte de limitada profecía *ex evento* que subraye lo insuficiente de ese reconocimiento²⁶. La fiesta por el éxito de Fuenterrabía estalló popularmente a los tres días de la liberación, cuando las noticias llegan a Madrid y volvió a hacerse muy visible durante la entrada del Almirante dos meses y medio después²⁷. Parece que en enero del año siguiente los dos bandos que defienden a los dos candidatos para arrogarse el triunfo de Fuenterrabía están muy delimitados, por lo que si el poema de Calderón fuera anterior cabría pensar en un elogio que no busca la polémica porque esta se produciría después. Sin embargo, la enemistad entre ambos próceres venía de lejos, lo que resultaría difícil de ignorar a Calderón, y elogiar a uno implicaba desagradar a otro. ¿Con Dios y con el Diablo? ¿Palabras y silencios? De 1638 son también los dos (extraños) panegíricos que publica Alonso Díez de Lugones y Venegas, “oficial mayor de Juan de Talavera, Secretario del Rey Nuestro Señor y de su Consejo Supremo de Cruzada”, uno dirigido al Almirante y otro a su esposa, con romances, décimas, sonetos, octava, etc., y con mucho relato y menos estro poético que

²⁵ M.S. Arredondo, *Literatura y propaganda en tiempo de Quevedo: guerras y plumas contra Francia, Cataluña y Portugal*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2011, pp. 183-184.

²⁶ “¡Oh, mire el sol con novedad extraña / triunfales pompas en España el día / que entre en su Corte el defensor de España. // Mas no, que tanta pública alegría / aún es bastarda voz de vuestra fama, / mudo clarín de vuestra bizarría” (vv. 79-85).

²⁷ M. S. Arredondo Sirodey, “La corte celebra las victorias de la guerra”, pp. 26-27.

Calderón²⁸. Los mecenazgos, las facciones, los agradecimientos son complejos y a menudo los poetas deben moverse en una ambigüedad elogiosa, certera y difusa al mismo tiempo²⁹.

Otra interpretación menos comprometida, que también deja a Calderón en tierra de nadie como la que supone que el texto es muy madrugador, es la que apela a la, siempre socorrida y con igual frecuencia supuesta, fuerza de los hechos:

Parece obvio que el peligro representado por la invasión enemiga, el valor y constancia de los sitiados, los esfuerzos enormes del ejército de socorro y el carácter noble del mismo Almirante fueron elementos bastantes para inspirar a Calderón la composición de este *Panegírico* y para poner en la bella comedia *No hay cosa como callar* otras referencias al sitio y al general que dirigió el socorro³⁰.

Pero el texto admite otras hipótesis, partiendo de que la fecha de composición y publicación nos son desconocidas. Hubo, dice Shaw, un “disgusto general” por el intento de quitarle el mérito a los logros del Almirante. Sin embargo, “to our knowledge, Don Pedro never attacked Olivares explicitly in anything he wrote, even after his fall”³¹. Desde luego hay que concluir que el *Panegírico*, aun si se interpreta en clave anti-Olivares, no es un ataque “explicitly”: reivindica al rival, al Almirante, lo que indirectamente puede ser un rechazo de la propaganda a favor del valido. Como digo, la filiación de Calderón admite muchos matices, todos ellos, cómo no, basados en hechos. Así, en la antología más completa de la poesía de don Pedro se recuerda que de Calderón es la *Elegía a la muerte del Príncipe don Carlos* y se mencionan las tensiones de los dos hermanos, don Carlos y don Fernando —el Cardenal Infante— con Olivares: muy curiosamente “don Carlos” era próximo a los partidarios “del Almirante de Castilla”, pero “Calderón, pues, ha navegado hábilmente entre dos aguas: se une a un luto oficial y exhorta a la nobleza disidente a la legítima

²⁸ Ambos en la BNE VE/171/37.

²⁹ Sobre la ambigüedad como recurso en otro texto también político, que canta o parece cantar un suceso histórico muy concreto, véase J. Ignacio Díez, “La inspirada poética del soneto «Al rey, nuestro señor», de Hernando de Acuña”, *Hispanic Review* 79.4 (2011), pp. 527-546.

³⁰ E.M. Wilson, “Calderón y Fuenterrabía”, p. 257. Pedro Calderón de la Barca, *No hay cosa como callar en Obras completas, I, Comedias*, ed. Ángel Valbuena Briones, 2ª ed. 2ª reimp., Madrid, Aguilar, 1987, pp. 997-1037. Pronto se menciona “que ya el señor almirante / partió a Vizcaya y es fuerza / que salgas hoy de Madrid / [...] porque en el sitio te halle, / cuando llegue su excelencia” (p. 1004), y en la jornada segunda se alude a la celebración en la capital (“¿Quieres aquesta noche / salir a ver la máscara, en un coche, / que hace Madrid, en generosas pruebas / de cuánto estima las felices nuevas / de la mayor victoria / que ha de durar eterna a la memoria / del tiempo, en duras láminas grabadas?”, p. 1013) y se vuelve sobre el éxito militar: “¿Quién (después de haber cumplido, / don Juan con su obligación, / hallándose en la ocasión / mayor que España ha tenido [...])” (p. 1017).

³¹ Don W. Cruickshank, *Don Pedro Calderón*, Cambridge, Cambridge University, 2009, p. 205.

sucesión (frustrada de nuevo en 1646 con la muerte de Baltasar Carlos)³². El mismo Wilson propone como motor del *Panegírico* la “expresión de gratitud de parte del poeta por el aprecio de su hermano [menor, Joseph, que estuvo en Fuenterrabía] por aquel magnate y una esperanza de fomentar así otros futuros favores”³³. Así pues, también en una interpretación *harmless* del texto, la presencia de su hermano en las tropas que socorren Fuenterrabía³⁴ explicaría los datos o el interés en una acción por la que el hermano del poeta fue recompensado. ¿Es el *Panegírico* un ejemplo de amor de hermano al calor del amor a la verdad? Y si el hermano es la fuente de información, ¿por qué Calderón decide prescindir de ella? ¿Sabe que los detalles matan el afán de eternidad y prefiere los duros mármoles romanos? ¿Se compromete así menos al fabricar un elogio más poético que histórico?

Tampoco es fácil probar que Calderón se suma a una corriente antiolivarista, pues el mismo don Pedro colabora con el valido poco después³⁵. Sin embargo la impresión del *Panegírico* en una fecha muy probablemente cercana a los hechos sitúa al elogio dentro de la guerra de panfletos que se libra en los años 1638 y 1639. ¿Es, entonces, una muestra más de la propaganda cortesana, en este caso de unos selectos hechos más o menos desnudos o más o menos poetizados y de su protagonista, obviando de esta manera tan elocuente al Conde-Duque y su intento de apropiación? Aunque en principio no parece que Calderón tenga más que un relativo interés en la polémica pro o anti-Olivares, pues se muestra mucho más atraído por los valores del viejo panegírico antes que por la sátira o la controversia más propias de la literatura de propaganda (donde sí están Malvezzi y Palafox), el análisis del poema permite ahondar en otras intenciones y en otros usos retóricos, como desarrollo enseguida. El hecho de componer un poema, relativamente largo, y en tercetos habla de un intento de cincelar una literatura con un mayor lapso de pervivencia, más allá del consumo inmediato. No hay dudas de que Calderón, como los

³² P. Calderón de la Barca, *Poesía*, ed. E. Rodríguez Cuadros, pp. 15-17. El Almirante fue desterrado a sus tierras, en los años veinte, y “mantenía una correspondencia secreta” con el infante don Carlos (J.H. Elliott, *El Conde Duque de Olivares*, p. 315).

³³ E.M. Wilson, “Calderón y Fuenterrabía”, p. 259.

³⁴ “Among the troops who broke through on 7 September was the poet’s brother [...] he got the information from his brother, who was eyewitness, and a participant”, D.W Cruickshank, *Don Pedro Calderón*, p. 207. “[...] es muy posible que el *Panegírico* al Almirante de Castilla, de Calderón de la Barca, se inscribiera en uno de esos bandos: el que celebró sinceramente, en un primer momento, la victoria de un gran militar del que, además, su hermano dependía en el ejército”, M.S. Arredondo, *Literatura y propaganda en tiempo de Quevedo*, pp. 182-183.

³⁵ Escribió, “probablemente a petición de Olivares” un texto quizá de 1641: *Conclusión defendida por un soldado del campo de Tarragona del ciego furor de Cataluña*, M.S. Arredondo, *Literatura y propaganda en tiempo de Quevedo*, p. 28 (“Calderón era persona afecta a Olivares”, p. 232).

demás escritores, sufre evoluciones en sus inclinaciones ni de que su carácter no debe interpretarse como de una simplicidad extrema o permanente³⁶, pero es más difícil, sin embargo, suponer un Calderón libre de intereses o de influencias o de ideología, y es irrenunciable pasar los textos de Calderón, como ocurre con el resto de los textos barrocos que se dirigen a un mecenas o protector, por el tamiz de la interpretación y en ella los factores políticos pueden ser decisivos. Que “Calderón se la juega al publicar un elogio tan tajante del Almirante y tomar postura a favor suyo” resulta evidente³⁷.

3. El *Panegírico* en la estampa

Calderón había escrito poemas y ganado con ellos algunos certámenes, en su juventud. Dos años antes de la liberación de Fuenterrabía, cuando ya había estrenado numerosas obras teatrales, apareció la *Primera parte de comedias* y en 1637 se publicó la segunda. Y ese mismo año Calderón es nombrado Caballero de la orden de Santiago. Autor bien conocido, en su época dorada³⁸, poco después del levantamiento del cerco pudo Calderón publicar su texto, quizá en el mismo año o en el siguiente, en 1639, como el resto de las piezas que tanto la guerra como el aprovechamiento del éxito pusieron en pie. Wilson considera que es muy rara la primera edición³⁹ y por eso la edita, a partir de un microfilm del ejemplar conservado hoy en el CSIC: “parece ser un folleto en cuarto de ocho hojas, con portada, la vuelta en blanco, siete hojas impresas y con falta de la última, casi seguramente también en blanco”⁴⁰.

El impreso recoge dos piezas: una dedicatoria en prosa a “Don Francisco Fernández de la Cueva, Duque de Alburquerque, Marqués de Cuéllar, Conde de Ledesma y Huelma, Señor de las Villas de Mombeltrán y la Codosera, Gentilhombre de la Cámara de su Majestad” (1619-1676), y un poema en tercetos relativamente extenso (220 versos) que es una exaltación del triunfo del

³⁶ “Fue un hombre pesimista y juguetón, taciturno y risueño, exaltado y burlón, que no cabe en ninguno de los estereotipos en que se le ha querido meter”, F.B. Pedraza, *Calderón. Vida y obra*, p. 10.

³⁷ “Algo que debe tenerse en cuenta para aminorar la fama de servilismo entreguista que ha tenido siempre Calderón, quien ya había sido favorecido y consagrado como dramaturgo oficial de palacio por el Valido, por cuya mediación, sin duda alguna, había obtenido dos años antes el hábito de la Orden de Santiago”, P. Calderón de la Barca, *Poesía*, ed. E. Rodríguez Cuadros, p. 18.

³⁸ “Entre 1630 y 1640 Calderón, de manera insólitamente prematura, es ya un clásico en su tiempo”, E. Rodríguez Cuadros, *Calderón*, p. 14.

³⁹ También su reimpresión en *Poesías inéditas de Pedro Calderón de la Barca*, pról. Felipe Picatoste, Madrid, Biblioteca Universal, 1881, es una rareza bibliográfica (José Simón Díaz, *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, VII, Madrid, CSIC, 1967, nº 2152). Picatoste comenta que “algunos biógrafos de Calderón han citado este *Panegírico* sin haberle visto; habiendo asegurado algún articulista que se había perdido”, p. 49.

⁴⁰ E.M. Wilson, “Calderón y Fuenterrabía”, p. 268.

Almirante en Fuenterrabía. La dedicatoria previa al *Panegírico* sirve para ponderar aún más la figura del Almirante y para ponderar al mismo tiempo a un segundo noble (“no se atreve a llegar a manos del Señor Almirante sin un padrino tan grande como Vuestra Excelencia”), sobrino del primero. El VII Duque de Alburquerque y VI Marqués de Cuéllar es entonces muy joven (19 años en 1638) y su participación en el levantamiento del cerco de Fuenterrabía es su primer hecho de armas⁴¹. Más tarde será virrey de Nueva España (1653-1660) y de Sicilia y Capitán General de la Armada. La operación es tópica, la de una dedicatoria arriesgada, pero Calderón se complace en exprimir el cliché:

Bien conozco que no deja de ser error enviar al amparo de Vuestra Excelencia deseos en esta ocasión dedicados a tercera persona, cuando debiera Vuestra Excelencia ser primero acreedor de mayores alabanzas (pues es cierto que ninguno en tan señalada victoria tuvo mayor parte que Vuestra Excelencia acudiendo en los empeños de ella a todo el desempeño de sus obligaciones, ocupando —principalmente el día de la ocasión— en la primera hilera de su tercio el más aventurado puesto del Ejército), pero antes, Señor, que el error se diese por error, y ha fiado en dos disculpas, se había calificado por acierto⁴².

Calderón aprovecha para subrayar la relación de sangre y amistad y, en segundo lugar, una cortesana equivalencia y correspondencia: “Otra es saber que si escribiera el panegírico en servicio de Vuestra Excelencia fuera el señor Almirante a quien suplicara le pusiera en sus manos”. El doble elogio se manifiesta como un hábil juego cortesano para dar dos veces en el blanco con un solo poema, un ahorro de la creatividad que exigiría celebrar dos veces el mismo hecho de armas, y, al mismo tiempo ese elogio duplicado sirve como ponderación previa del papel del Almirante, a quien pertenece el triunfo y no a otro, por más que sean muchos los que han contribuido a conseguirlo.

Calderón ha publicado antes y publicará después folletos con algunos de sus poemas, también sin año, aunque de 1632 son los seis folios que contienen la “Elegía en la muerte del Señor Infante don Carlos” y de 1661 otro folletito, esta vez de seis hojas y doce folios, con “Exhortación panegírica al silencio”. La publicidad es importante en los textos marcados por los *facta* y los *memorabilia*, para que el mecenas o su facción valoren al escritor y sea bien considerado en la corte o entre una parte de ella.

⁴¹ Ascensión Baeza Martín, “Fernández de la Cueva y Enríquez, Francisco”, en *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2009-2012, vol. XIX, pp. 46-49.

⁴² E.M. Wilson, “Calderón y Fuenterrabía”, p. 270.

4. *De dictis*: “Roma lo diga, acuérdenos la historia”

Doble y antitético es el sentimiento que conforma los elogios: la conciencia de que toda fecha es de caducidad en la medida en que se amarra a unos hechos muy concretos y la declaración de la inmortalidad tanto de lo celebrado como de la misma celebración. El elogio de Calderón se aleja de la poética del encomio clásico que establece Menandro para el *basilikòs lógos* y se ata a una celebración específica: aquí no se elogia según el esquema general de patria, linaje, nacimiento, etc.⁴³, quizá porque el tratamiento requiere una extensión que el *Panegírico* de Calderón no tiene y mucho más probablemente porque el *Panegírico*, que utiliza mínimamente alguno de esos elementos, parte de la situación concreta del socorro a una Fuenterrabía sitiada. Por otro lado sobre una hipotética rapidez o sobre un conveniente silencio o incluso sobre la posible ayuda a la carrera del hermano sin implicarse en una guerra de poderes, el análisis puede dar algunas pistas.

Los tercetos encadenados distancian a Calderón de la tradición del panegírico que inaugura Góngora⁴⁴ y al mismo tiempo esa elección adelanta que los versos se moverán en otro registro, igualmente barroco, nada gongorino y de ambiente clásico. Ese sentido clásico, apoyado en un centenar de versos de contenido romano, es la clave sobre la que Calderón levanta su homenaje perdurable, hasta el punto de que puede producir la impresión de que todo él es un “un *pastiche* neolatino”⁴⁵. Pero el *Panegírico* es mucho más que eso, pues la atracción por Roma y por la celebración de sus triunfos tiene un trasfondo político. Wilson adujo diferentes fuentes posibles para la documentación sobre las coronas romanas, que van de la *Historia natural* de Plinio, hasta el compendio erudito de *Ravisio Textor*, pasando por el *Tesoro* de Covarrubias o *La arcadia* de Lope. Se trata de uno de los dos núcleos del poema, tras un comienzo dual en el que se oponen, como parecen pedir los hechos, la “heroica Monarquía” española y la orgullosa “Francia”. Hay que repetir “mil veces” el “día” o la “luz”, muy paralelísticamente⁴⁶, como un deseo que convierte en primer hito el éxito de Fuenterrabía para “los desengaños” del orgullo francés, gracias al “valor” español marcado por esa piedra blanca que lo recuerde, frente a la negra que recuerde siempre la

⁴³ Jesús Ponce Cárdenas, “*Taceat superata Vetustas*: poesía y oratoria clásicas en el *Panegírico al duque de Lerma*”, en *El Duque de Lerma: poder y literatura en el Siglo de Oro*, pp. 58-59.

⁴⁴ El panegírico de Gabriel del Corral es anterior al de Calderón, de 1631 y se compone de 14 octavas reales: Jesús Ponce Cárdenas, “*Apes Urbanae*: un panegírico romano de Gabriel del Corral”, en Jesús Ponce Cárdenas (ed.), *Las Artes del Elogio. Estudios sobre el Panegírico*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2017, pp. 225-254. Otro de los modelos encomiásticos operativos durante la cronología barroca fue el de Giovan Battista Marino, como recientemente ha descubierto Jesús Ponce Cárdenas: “Salcedo Coronel e Marino: tessere sabaude per un panegirico spagnolo”, *Critica Letteraria*, 174 (2017), pp. 37-62.

⁴⁵ E.M. Wilson, “Calderón y Fuenterrabía”, p. 260.

⁴⁶ Véase la nota 4.

“arrogancia” del francés (vv. 1-9). Y desde el verso diez, cuando empieza el núcleo romano, el poema se interroga por el aplauso⁴⁷ que merece este triunfo, donde se igualen imposiblemente aplauso, triunfo y gloria: esa tríada equivalente es la puerta para la disquisición histórica sobre el pasado romano: “Roma lo diga, acuérdenos la historia” (v. 13). No me detengo ahora en explorar el valor de Roma como pasado imposible de la monarquía española, o de los valores recios y morales como ya hiciera Quevedo⁴⁸, porque a un Calderón extraordinariamente pragmático, que parte de un prestigio evidente, lo que le interesa es uno los pilares del Barroco: la variedad (“la variedad de honores que tenía / para quien la añadía una victoria”, vv. 14-15) es lo que se va a explorar. El tono impersonal, apenas mitigado por la repetición de “Señor Excelentísimo” (vv. 2 y 5), en la exaltación de una victoria nacional en la guerra franco-española, se traslada al pueblo español que, a diferencia del romano, carece de esa variedad. Lo que se discute ahora es el reconocimiento, pues los hechos pertenecen a la historia, mientras el panegírico inmortaliza celebrando. Las referencias a los distintos premios romanos, incontestables como portadores de un prestigio sancionador de primer orden, sirven también de coartada para huir del presente, para dar una lección de arqueología más o menos viva, a base de coronas, de escaso valor material en muchos casos (si la mural es de oro; la cívica, de roble; la triunfal, de laurel; y la obsidional, de grama: “esta diadema a todos preferida”, “rústica planta es”, aunque con su simbolismo de sangre es “el mayor blasón de todos cuantos / la premiadora antigüedad tenía”, vv. 88, 91 y 101-102). Frente a la avaricia que caracteriza a Olivares y frente a los premios que se empeñará en rechazar después⁴⁹ (¿después, realmente?), el modelo clásico premia muy simbólicamente. Calderón desgana pedagógicamente los nombres de las cinco coronas y sus contenidos (mural, cívica, vallar, triunfal y obsidional) para darle las cinco al “señor” Almirante ante los ojos del mundo (vv. 31-32), que también y luego es “gran señor” (v. 73) y “defensor de España” (80) y “héroe invicto” (v. 94), un semidiós y santo (v. 103) que supera la última prueba militar de la antigüedad y recibe el premio reservado “al que entre el sitio y sitiador entraba, / noble despreciador de riesgos tantos” (vv. 104-105). Al final, todas las coronas le corresponden, en esa quintuple exaltación pauta y creciente, a quien ha alcanzado el punto máximo de fama inmortal (vv. 116-117).

Entre las consideraciones sobre el significado de las coronas y la prueba de que en esta ocasión, en Fuenterrabía, todas merecen un mismo destinatario, se filtran datos y alusiones, como

⁴⁷ J. Ignacio Díez, “Plausibilidad”, *Conceptos*, 6 (2009), pp. 11-26.

⁴⁸ J. Ignacio Díez “La «Epístola satírica y censoria»: un memorial reaccionario ... y moderno”, *La Perinola*, 12 (2008), pp. 33-53.

⁴⁹ D.L. Shaw, “Olivares y el Almirante de Castilla”, pp. 348-349.

el triunfo sobre dieciocho mil soldados en una campaña “que tumba de cadáveres ha sido” (vv. 76-78). El reconocimiento de que la “diadema” más importante, la obsidional, es “de muchos con afecto deseada, / de pocos con efecto conseguida” (vv. 92-93) puede encubrir una referencia al Conde-Duque difuminada convenientemente por esos “muchos” que la desean. También hay una posible alusión, que quizá es un mero lugar común, al recurrir al testimonio del sitiador y del sitiado para manifestar al Almirante que el éxito es suyo (pues “a tanta dignidad habéis llegado”, v. 109). La referencia final a la envidia parece tener un claro contenido general y, hoy se diría, de autosuperación (vv. 127-129), aunque sobre la envidia el poema vuelve en la segunda parte y yo vuelvo sobre ella en su momento. Son las reglas del juego: tópicos, ambigüedades y supuestas alusiones, en un lenguaje elevado y moral.

El segundo núcleo se interroga sobre las virtudes de un general, de un César (conseguida la corona obsidional, “de los Césares último decoro”, v. 90) que “para vencer glorioso / antes que con la espada con el nombre” (vv. 131-132), y se agrupan en una sola estrofa, entre interrogaciones, en un efecto retórico y organizativo a un tiempo:

¿Ilustre sangre? ¿espíritu brioso?
 ¿feliz fortuna? ¿prevención prudente?
 ¿pródiga mano? Y ¿celo religioso? (vv. 133-135)

Esta segunda parte es la que más propiamente entra dentro de la poética del panegírico, aunque con evidentes limitaciones y exageraciones, como lo es pedir perdón al destinatario por tratar de lo evidente:

Perdonalde, señor, hoy a mi afeto
 la ociosidad de ver que a cargo toma
 haceros ejemplar de este conceto (vv. 139-141)

Ahora es el momento de recordar la estirpe (los Enríquez y los Colonna, entre reyes de Castilla y Césares) y de mencionar otras características menos tasadas como el “ánimo invicto”, el “prudente gobierno”, la “fortuna feliz” o virtudes como la “generosidad” y el “celo católico”, a veces variaciones y a veces repeticiones del anunciado programa. En las dos últimas parecería aludirse a la generosidad real del Almirante con los asediados y a los herejes como el príncipe de Condé y sus profanaciones en la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, como anota Wilson. Y de nuevo

se vuelve a la envidia, por segunda vez y con seis versos más, que, en la bruma del elogio podría no ser más que un tópico⁵⁰ o bien una referencia contra los enemigos del Almirante:

porque está la verdad argumentando
y pues la misma envidia los concede,
vivid, venced, triunfad, sin que ninguna
acción al tiempo contra vos le quede (vv. 162-165).

El quiebro no sirve solo para volver a exaltar una vez más al Almirante en su triunfo, sino que también introduce uno de los puntos negros de la campaña: el fracaso naval. A desmontar esta “acción del tiempo” el poeta dedica mucho espacio (hasta ocho estrofas), lo que indica que se trata de un elemento importante en un poema tan trabado o argumentado y tan compensado: es una defensa en medio de una situación confusa. Calderón, en medio de una polémica, extrema su cuidado al posponer el demérito hasta la parte final del poema, cuando el Almirante ha recibido ya cinco de las seis coronas. Esta corona sería muy importante para quien desempeña el cargo de almirante (“y es que siendo desde una hasta otra orilla / vos General del mar, por la gloriosa / dignidad de Almirante de Castilla”, vv. 175-77), pero Calderón no menciona que también existía una corona naval⁵¹ (y por tanto no se le niega al almirante), ni acude a un examen de lo ocurrido, sino que se adentra en argumentos poéticos, en una larga explicación, obligada por el deseo de no faltar a una verdad que todos conocen: el mar celoso de los éxitos en tierra... “venganza sin cordura y sin aviso / pues hizo más osado el vencimiento” (vv. 184-185). Y para compensar un mal sabor de boca colocado en penúltimo lugar, el poeta nada hacia la brillante superficie cuando recuerda un hecho pasado también en el “cantabrio suelo” (v. 191), de un su abuelo que, aunque también realizó una proeza, Calderón cuida mucho que quede claro que la del actual Almirante es mayor, como ya indicaba la obtención de la corona obsidional, pues los peligros de levantar un sitio son mayores que los de recobrar una plaza que se ha perdido.

En la conclusión suenan y resuenan los clarines:

Tanta victoria, pues, tan señalada
facción; tan grande hazaña; tan altiva

⁵⁰ Sin ir más lejos en la portada de uno de los impresos de Alonso Díez de Lugones, en la dedicatoria al Secretario del Rey, se imprime: “[...] el Licenciado Pedro Miguel de Híjar, de cuyo talento (quiera o no la envidia) fía la ejecución acertada de sus preceptos”, en *Consagra a su Excelencia del invicto Aquiles español*. En el romance sobre el Almirante se vuelve sobre el cliché: “Este que digo pues es / el Almirante que ha dado / envidia al mundo en un hora / lo que a tantos cuesta tanto”, p. 3.

⁵¹ “La corona naval”, dice Covarrubias, “se daba al primero que saltase en la galera o nave del enemigo; y esta también era de oro”. Hay una corona más, “corona de ovación”.

empresa; gloria al fin tan celebrada;
siempre inmortal a par del tiempo viva.
Con voz la fama de metal la cante
y con letras de oro el sol la escriba.
Siendo para que dure más constante,
un bronce repetido cada acento,
cada lámina un libro de diamante (vv. 208-213)

El final pasa por tópicos, esculpe en oro las “letras”, se vale de la inmortalidad de lo precioso, con aires gongorinos, para que, antes de terminar muy ariostescamente, el poeta recobre la humildad del silencio y el *Panegírico* se cierre con un último quiebro que proponga, tras más de doscientos versos cincelados en la Roma heroica y en las virtudes personales y familiares de una distinguida familia y de uno de sus más conspicuos miembros, de manera trimembre un mejor poeta que el que ha escrito todo lo que antecede: “ha menester tan generoso intento / mejor voz, mejor plectro y mejor pluma” (vv. 219-220). Este final supone una exaltación más, pues los hechos aquí referidos y celebrados admiten en teoría una mejor y mayor celebración poética. Aún.

El contraste con la técnica del *Panegírico* gongorino (al Duque de Lerma) es sorprendente: porque en el poema de Calderón falta casi por completo el elemento visual y la complicación de las metáforas, típica de las obras palaciegas de don Luis. Calderón, en cambio, emplea algunos trucos retóricos, tales como la repetición y el contraste⁵².

El *Panegírico* calderoniano parece servirse de una intensísima utilización de la claridad más prístina, lo que denota una sutil permanencia en el terreno de la polémica: no hay sátiras, no se menciona a ninguno de los enemigos del Almirante (ni al más grande), no se recogen detalles⁵³, no se utilizan historias, no se pretende conmover al lector con sangre y sufrimientos, no hay mitología, ni vaticinios, ni señales, sino que todo se confía a un orden estricto que, más allá de la introducción y la conclusión, corta en dos el poema: el juego con las cinco coronas (sus definiciones, materias y la pertinencia de otorgárselas al Almirante) y las virtudes personales y

⁵² E.M. Wilson, “Calderón y Fuenterrabía”, p. 267.

⁵³ No sigue a Menandro, sino que se impone un elogio limitado, por los hechos: no hay una descripción de los “lugares donde se producen los combates” ni de las “emboscadas”, *Dos tratados de retórica epidíctica*, p. 156. Ni siquiera menciona a Condé, el general francés, aunque sí lo hace en *No hay cosa como callar*, en un contexto burlesco, cuando don Juan miente para disculpar la pérdida del retrato de Marcela: hecho prisionero en una emboscada “al príncipe de Condé / me llevaron, y él previno / que pues era caballero, / tratase el rescate mío, / haciendo trueque con otro / [...] de suerte que tu retrato / lo tiene en rescate mío / el príncipe de Condé”. Marcela, sabedora del engaño, replica: “Yo pensara que había sido / la princesa, según fue / la soberbia con que vino a traérmele. ¿Es aqueste, / señor don Juan?” (pp. 1023-24). Marcela se burla otra vez más tarde: “Una visita a hacer he ido / al príncipe de Condé, / y pedirle aquel retrato / que vos le dejasteis” (p. 1030).

familiares (que explican, de algún modo, el fracaso en el mar). Con esta división, clara y ordenada como suele ser característico de Calderón, no extrañarán los paralelismos. El nexo de las dos partes y el verdadero núcleo de todo el texto es otro juego, que también está, como la descripción de las coronas, en el *Tesoro* de Covarrubias: “Muchas veces corona se toma por gloria y triunfo, por ser insignia de honra y gloria”. Así, el Almirante se corona simbólicamente con las coronas reales y materiales que los romanos ofrecían a los soldados que eran los primeros en escalar un muro, etc., y de esta manera queda claro para cualquier lector que la honra corresponde al Almirante que es quien realmente ha dirigido las operaciones sobre el terreno, y no desde una corte muy alejada como pretenderá el Conde-Duque. Polemista sutil, Calderón; reivindicador del verdadero héroe de Fuenterrabía con todo el aplauso de la Roma clásica.

Aunque pueda parecer “hiperbólico”⁵⁴, y lo sea, es evidente que los panegíricos tienen esa obligación, pero también es cierto que la sutil construcción, sencilla y efectiva, hace que Calderón no yerre el blanco ni que ninguno de los lectores tenga la menor posibilidad de hacerlo: nadie puede perderse entre brillantes y abundantes metáforas, ni en sutiles o conocidas y extensas leyendas mitológicas, ni en una profusión de datos. No es extraño que Wilson, hace medio siglo, valorara, muy ponderadamente él también, el *Panegírico* de Calderón, pragmático y bien cortado, útil, digno y armónico en sumo grado⁵⁵. Lejos de Góngora, la claridad y la organización de Calderón siempre han resultado muy gratas a los racionalistas de toda laya, ingleses, franceses, alemanes... *Et pour cause*. Sin duda, Calderón dota a su poema de una enorme fuerza reivindicativa para que toda la gloria, todo el triunfo y todo el elogio vayan desnudamente al artífice del éxito en Fuenterrabía, el Almirante de Castilla.

⁵⁴ P. Calderón de la Barca, *Poesía*, ed. E. Rodríguez Cuadros, p. 17

⁵⁵ E.M. Wilson, “Calderón y Fuenterrabía”, pp. 266-267.

Panegírico al Excelentísimo Señor Almirante de Castilla

Mil veces sea repetido el día, Señor Excelentísimo, en que vea quieta España su heroica Monarquía. Repartida la luz mil veces sea, Señor Excelentísimo, en que Francia los desengaños de su orgullo crea.	5
De una y otra fortuna la distancia fausta y infausta piedra la señale, blanca al valor y negra a la arrogancia. ¿Qué aplauso habrá que tanto triunfo iguale? ¿Qué triunfo habrá que iguale tanta gloria, si una sola por todos juntos vale?	10
Roma lo diga, acuérdenos la Historia la variedad de honores que tenía para quien le añadía una victoria.	15
Mural corona: ufana prevenía al que contrarios muros asaltaba por las brechas que abrió la batería. Cívica: aquella era que se daba al que en la lid tanto valor mostrase que socorriese al que en peligro estaba.	20
Vallar se concedía al que ganase las trincheas y fosos que tuviese el enemigo donde se amparase. Triunfal: la antigüedad quiso que fuese la que il[us]trase al que a morir expuesto en campal lid a cinco mil venciese.	25
Obsidional: la que al peligro opuesto hiciese levantar al enemigo sitio que ya una vez tuviese puesto.	30
Pues siendo así, señor, que hoy es testigo el mundo de que todo lo habéis hecho, todos los triunfos que os aclaman digo; todos os apellidan, satisfecho cada cual, de que él es el conseguido del real valor de vuestro ilustre pecho.	35

Mural facción vuestra facción ha sido,
puesto que al enemigo habéis hallado
en regulares muros defendido.

Por asalto fue dellos arrojado, 40
luego ganado por asalto el muro
mural corona de oro habéis ganado.

Cívica también es de roble duro,
puesto que a otro socorristis cuando
aun de sí mismo no vivía seguro. 45

Con el hambre, el tiempo y el francés lidiando,
ya desahuciada de su valentía,
en brazos de la muerte agonizando
estaba la leal Fuenterrabía
el día que feliz la socorristis, 50
que aun fue con el valor preciso el día.

Luego si vida al casi muerto distis,
la invasión de la patria asegurada,
la cívica corona conseguistis,
no menos la vallar, apellidada 55
así de los vallados que en que se hacen
el foso, la trinchea y la estacada,
si estas a vuestro impulso se deshacen
y llenas de despojos juntamente
ánimo hoy y codicia satisfacen. 60

Más gloriosa, señor, más dignamente
el esplendor de la vallar corona
los rayos ceñirá de vuestra frente.

Pero en vano sus méritos abona,
a preferir atenta cada una, 65
si la triunfal de su laurel blasona.

Mejor derecho tiene que ninguna,
mejor acción por ser en sus empleos
la dádiva mayor de la fortuna.

Solo aquel que ceñido de trofeos 70
de cinco mil triunfó en campal batalla
con ella satisfizo sus desos.

Luego en vos, Gran Señor, para logralla
no solamente el número cumplido,
pero excedido en número se halla. 75

Diez y ocho mil son los que habéis vencido
de poder a poder en la campaña,
que tumba de cadáveres ha sido.

¡Oh, mire el sol con novedad extraña
 triunfales pompas en España el día 80
 que entre en su Corte el defe[n]sor de España!
 Mas no, que tanta pública alegría
 aun es bastarda voz de vuestra fama,
 mudo clarín de vuestra bizzaría.
 La obsidi[o]nal corona es la que os llama, 85
 quien descifó por el laurel el oro
 ahora el laurel descifia por la grama.
 Rústica planta es, pero no ignoro
 que fue de humana púrpura teñida,
 de los Césares último decoro. 90
 Esta diadema a todas preferida
 (de muchos con afecto deseada,
 de pocos con efecto conseguida)
 para vos, héroe invicto, está guardada
 en el templo de Marte, donde yace 95
 más verde cuanto más ensangrentada.
 De las ruinas en quien silvestre nace
 para don el sitiado la tejía,
 que al don el celo y no el valor le hace.
 Al que le desitiaba la ofrecía, 100
 siendo el mayor blasón de todos cuantos
 la premiadora antigüedad tenía.
 Entre los dioses colocaba santos
 al que entre el sitio y el sitiador entraba,
 noble despreciador de riesgos tantos. 105
 Si un ejército, pues, desalojaba
 y si un pueblo dejaba asegurado,
 semidiós uno y otro le aclamaba.
 A tanta dignidad habéis llegado,
 puesto en huida el sitiador lo diga, 110
 dígallo en libertad puesto el sitiado.
 Pero no un premio a otro contradiga,
 que quien todos a un tiempo los merece
 todos a un tiempo es bien que los consiga.
 Y así cuantas guirnaldas os ofrece
 hoy la inmortalidad de vuestra fama, 115
 que a nunca ser mayor por punto crece,
 ceñid iguales y una y otra rama
 a vislumbres descubra entretejida
 el oro entre el laurel, el roble y grama. 120

No es modestia la gloria conseguida
 recatarla, demás que siempre ha sido
 la modestia virtud no agradecida.
 Pues habéis cinco glorias conseguido,
 cinco triunfos lograd; no se nos quede 125
 [p]or pereza con ellos el olvido.
 Fiscalice la envidia que no puede
 un hombre merecer, por más q[ue] un hombre
 verá que sí, si él mismo [a sí] se excede.
 ¿Qué virtudes le dan alto renombre 130
 a un general para vencer glorioso
 antes que con la espada con el nombre?
 ¿Ilustre sangre? ¿Espíritu brioso?
 ¿Feliz fortuna? ¿Prevención prudente?
 ¿Pródiga mano? Y ¿celo religioso? 135
 Pues si tantas virtudes igualmente
 caben en un sujeto, en un sujeto
 tantos lauros cabrán precisamente.
 Perdonalde, señor, hoy a mi afecto
 la ociosidad de ver que a cargo toma 140
 haceros ejemplar deste conceto.
 Si ilustre sangre, ¿qué cerviz no doma
 lo Enríquez en los reyes de Castilla,
 lo Colona en los Césares de Roma?
 Si ánimo invicto, ¿qué poder no humilla 145
 ardimiento que en todas ocasiones
 desenvaina el primero la cuchilla?
 Si prudente gobierno, ¿qué blasones
 no adquiere desvelada una cordura
 que obra tantos aciertos como acciones? 150
 Si fortuna feliz, ¿qué más segura
 que aquella que a pesar trae de los hados
 obediente a su arbitrio la ventura?
 Si generosidad, ¿qué más probados
 argumentos que ver que entre despojos 155
 vos volvéis pobre y ricos los soldados?
 Y si celo católico, ¿qué enojos
 no os cuesta algún insulto, desatando
 iras el pecho y lágrimas los ojos?
 ¡Oh, enmudezca la envidia, confesando 160
 silogismos, que ya negar no puede,
 porque está la verdad argumentado!

Y pues la misma envidia los concede,
 vivid, venced, triunfad sin que ninguna
 acción al tiempo contra vos le quede. 165

Y si por dicha se valiere de una,
 que es decir q[ue] en el mar no habéis tenido,
 señor, de vuestra parte a la fortuna,
 estad de la respuesta prevenido,
 y no la general de que el acaso 170
 siempre avisa después de acontecido.

Particular razón en este caso
 hay, sin aquella de que no amancilla
 al valor la violencia del fracaso;
 y es que siendo desde una hasta la otra orilla 175
 vos general del mar, por la gloriosa
 dignidad de Almirante de Castilla,
 celoso el mar de ver vanagloriosa
 con ejércitos vuestros a la tierra
 amotinó su saña procelosa 180
 y, desatando cuanta furia encierra,
 ningún socorro que os llegase quiso
 por medio suyo para hacer la guerra.

Venganza sin cordura y sin aviso,
 pues hizo más osado el vencimiento 185
 cuanto el número hizo más remiso.

No advirtió que sobraba vuestro aliento
 aun para conseguir mayores glorias
 a despecho de mar, de fuego y viento.

Ni es la primera vez que las Historias 190
 acordarán que en el Cantabrio suelo
 deben a vuestra casa sus victorias.

Esa plaza, esa misma, al desconsuelo
 rendida de otra gálica violencia
 empresa fue de vuestro invicto abuelo. 195

Su libertad os viene por herencia
 y hoy con mayor ventaja cuanto ha sido
 la mejor redención la providencia.

Más tiene que estimar el socorrido
 antes de verse padecer el daño 200
 que no después del daño padecido.

Luego claro probó este desengaño
 que os debe más a vos, hoy defendida
 la plaza antes de riesgo tan extraño,

que al que después la vio restituida, 205
pues la habéis socorrido vos sitiada,
si vuestro abuelo la cobró perdida.
Tanta victoria, pues, tan señalada
facción, tan grande hazaña, tan altiva
empresa, gloria al fin tan celebrada, 210
siempre inmortal a par del tiempo viva.
Con voz la Fama de metal la cante
y con letras de oro el Sol la escriba,
siendo para que dure más constante
un bronce repetido cada acento, 215
cada lámina un libro de diamante,
que yo, muda la voz, torpe el aliento,
ya reconozco, Gran Señor, que en suma
ha menester tan generoso intento
mejor voz, mejor plectro y mejor pluma. 220

Esta edición de
Panegírico al almirante de Castilla
de Pedro Calderón de la Barca
pertenece a la Biblioteca Digital
del Proyecto de Investigación
FFI2015-63554-P
LAS ARTES DEL ELOGIO:
POESÍA, RETÓRICA E HISTORIA
EN LOS PANEGÍRICOS HISPANOS
y se puede consultar en la web
PANEGIRICOS.COM

